

que nada más formarse se hundía en la masa inmensa y móvil de la que había surgido.

No sé cuánto tiempo dormí después de todas estas alteraciones se desvanecieran, pero sí recuerdo que la sensación de extrañeza era tan grande que no pude permanecer, una vez pasados los efectos, demasiado tiempo consciente. Dejé mi habitación lo más oscura posible y me metí en la cama como quien busca el olvido. Pero el olvido ¿de qué? Olvidar tal vez el haber pasado a un lado de la realidad donde el acuerdo no era humano, sino cosmogónico; olvido de haber tocado tan a fondo que lo vivido me iba a resultar incomunicable y por lo tanto me sentía como un monstruo, alguien que a causa de sus experiencias carecía de semejantes. Esa experiencia de fondo era única, aunque otros la hubieran podido vivir alguna vez, pensaba. Quizá comprendí que toda experiencia profunda es incomunicable, aunque tratemos de hablar y escribir sobre ella; quizá vi que en el fondo todos estamos solos, y esa visión tan vívida me resultaba lacerante. Volvía, sin darme cuenta, al principio, a ese momento del comienzo de la adolescencia en que uno es estigmatizado con alguna peculiaridad que creemos nos diferencia de todos los demás radicalmente, como aquella del nombre a la que, de alguna manera, volvía una y otra vez de manera metafórica. Y en el fondo de todo eso se podría pensar si no latía otra pregunta, la pregunta sobre la legitimidad, que los psicoanalistas podrían situar en la pregunta sobre el padre, pero que a mí me parece una explicación algo grosera, porque intuyo que la legitimidad viene de la percepción de que somos poco, o con otras palabras: de una carencia de ser. Estaba confundido. Es verdad, sabía que el amor era el vínculo, pero lo que sentía esa mañana frente al mar era la más desnuda soledad. Sí, me daba cuenta de que estamos solos, y que aunque podemos trascender esa radicalidad, es inevitable volver a ella, y que ocultarla sólo nos podía llevar a una mentira sobre la que difícilmente se podría crecer.

VII

Era verano, y al final de ese verano Julia se iría a Madrid y yo también. No sabía cómo iba a vivir allí, pero en ningún momento pensé que debía buscar un trabajo. Julia iba a estar en una casa que la familia poseía en Madrid, y yo me hospedaría en una pensión. Nicolás había prometido ayudarme al principio, aunque no sabía cómo. No le gustó que fuera a dejar su casa en Salduba, pero se lo solucioné al sugerirle que Guillermo se la podría cuidar. Así fue: Guillermo aceptó sabiendo que su hija le ayudaría y pensando que una entrada extra de dinero no le vendría mal. Tanto Julia

como yo frecuentamos ese verano más a Guillermo. Era raro el día en que no me pasaba un rato por su casa. En cuanto a mis padres, que se quedaron al inicio de este libro, quizá no es mucho lo que pueda decir, al menos no en el sentido que este relato se desarrolla, porque aunque parece haber todo, no es así si se fija uno bien. Mis padres se habían quedado atrás y yo había emprendido el vuelo, aquel que comenzó con la fisura de mis dos nombres, el iceberg que latía bajo la modesta apariencia de la identidad. Desde aquel día, aunque apenas me moví del mismo pueblo en donde había nacido, viviendo no muy lejos de la casa de mis padres, cerca de mi tío y viendo cada día las calles de mi infancia, había, como estaba diciendo, comenzado a alejarme. Ahora tenía unos veinte años: carecía de proyectos profesionales, pero sabía que quería estar cerca de Julia, y aunque sin saber bien qué, quería escribir, o, al menos ser un escritor que no escribe. Escribir era algo que había comenzado a hacer como copista furibundo, y luego continuado con ese librote que parecía proponer la escritura como mimesis del tiempo, con lo cual, ya saben, había que anotar todo y no llegar nunca. Soñaba con un libro futuro, y como todo el que desea profundamente escribir, sentía que toda la vida quería desembocar en un libro. Si cerraba los ojos, podía ver sus letras pero no oía sus sonidos, como esos libros que leemos en sueño: pasamos durante horas páginas y más páginas, pero sin oír las palabras. Un libro que no podemos recordar. Sin embargo es verdad que un libro, en principio, es un rumor de fondo, un rumor cuya materialización escritural nunca satisface del todo. Pero el rumor mismo tampoco se cumple del todo porque hay algo en él que es deseo de la palabra, es un rumor que busca sentido. Sin embargo, no vivía para desembocar en un libro, aunque la vida y los libros cada vez me parecían realidades más cercanas. Nunca logré entender del todo a los que hablan de la vida y de los libros como aspectos o situaciones separadas, acentuando una falta irreparable en los segundos que sería siempre deudores de una realidad fuerte, absoluta, verdadera. Nunca he visto esa realidad absoluta separada de todo lo demás. Un libro no está muerto si alguien lo lee, y, quizá, tampoco uno lo esté si lee un libro. Éste no es un pensamiento muy profundo, ¿verdad?, pero no siempre está uno para frases brillantes. Cuando Guillermo me oía decir algo así se limitaba a cabecear: aunque tenía verdadera pasión por algunos poemas, yo creo que nunca los vio como libros, y la idea misma de libro le parecía espuria. «Los hombres se han contado siempre historias, antes de que se pudieran escribir, ¿no? Yo creo que no hay que confundir demasiado las cosas: por mucho que hables de comida en un libro, si no comes, te mueres». Yo le respondía que la literatura no se proponía alimentar los estómagos, como tampoco servía como instrumento para un análisis de sangre o como lám-

para eléctrica, y que el error venía de pensar que escribir y leer han de suponer un abandono del resto de nuestras acciones. «Es absurdo, Guille, la literatura no es un dios celoso: podemos comer una ensalada y leer un libro, y no hay por qué poner las hojas de la lechuga en el lugar de las hojas que escribió Kipling, son dos órdenes de la vida, sólo que en el caso del libro, hay algo en él que es distinto, tiene un valor analógico. Leemos y lo que leemos nos transporta. Es verdad, los libros nos hablan del comer y del reír, del monólogo y del diálogo con los otros, del abrazo amoroso y de las maquinaciones del crimen. Sí, los libros son metáforas, pero esas metáforas encarnan». Hice una pausa buscando mis argumentos. «Por ejemplo, una sola palabra me ha mantenido despierto toda una noche» —dije al fin. «¿Acaso no es real eso?». Guillermo me miró con impaciencia, escrutándome. No se atrevía a preguntarme, quizá por no caer en una ingenuidad, pero no pudo soslayarlo. Su rostro se iluminó, como si rejuveneciera al preguntarme: «¿Qué palabra? ¿Ha habido una palabra que te haya mantenido despierto toda una noche? ¿No será una de esas frases un poco retóricas? ¿Eh?». Me sentí dominando al gran truquista. «No, le dije, es verdad, y me parece que no te debe costar a ti mismo mucho encontrar una. Creo que cualquiera puede hacer la prueba». «Bien, pero ¿qué palabra? Si es tan fácil que le pueda ocurrir a cualquiera...; pero me parece que estás valorando demasiado a la gente; la gente se queda despierta por otras razones, por números, por ejemplo, pero no por una palabra. A ver ¿qué te mantuvo toda una noche despierto?» «La palabra *no*», respondí. Guillermo me miró con seriedad, como si se hubiera puesto a recordar con todo el cuerpo algo. «Sí —repitió Guille, no para mí, sino para él mismo—, la palabra *no*». Se hizo un largo silencio al cabo del cual Guille volvió sobre el tema, como si se hubiera repuesto: «Mira, a mí todo eso de los libros y la vida me sobrepasa un poco, pero cuando has dicho lo de una sola palabra...; está bien, pero ese *no* no es un libro, ¿eh? No hagas trampas. Ese *no*, en realidad, no es una sola palabra sino el final, tal vez, de una historia, quizá de una historia de amor, ¿verdad? En ese *no* están cifradas muchas otras noches en las que un sí te mantuvo despierto».

Mi padre me había dicho que había palabra. Él no lo sabía, no en este sentido al menos. Como con otras cosas en este mundo, la vida a veces se expresa a través de nosotros sin que alcancemos a saber: somos transmisores. Bien, era invierno, en una de esas semanas en las que debido al mal tiempo apenas si salíamos a la calle y mi padre nos contaba historias de su familia, y de él mismo que, siendo como era ya viejo, había vivido cosas legendarias, cosas que habían ocurrido a principios de siglo, antes de la guerra. Todo aquello me resultaba tan lejano que hubiera podido creer

fácilmente que había ocurrido al comienzo de todo, de todos los tiempos. Había relato y había palabra, sierras oscuras con lobos y mulas que caminaban durante la noche por caminos estrechos, hogueras junto a las que dormía esperando seguir por la mañana la ruta, con los animales cargados, en compañía de sus hermanos mayores, arrieros recios a los que nunca vi porque murieron al principio, cuando ocurría todo: un abuelo centenario, su padre y mi abuelo, que era curandero y sonreía siempre en la adversidad, el pozo donde cayó un día y se sacó jalándose a sí mismo del cabello; la guerra, el hambre, los caminos. Había un relato, y un día oí la interrupción de ese relato que bajaba las escaleras hasta el patio y continuaba por el río que bordeaba nuestra casa y ascendía por los árboles de las orillas; esa ruptura había entrado en mi piel proclamando que no había palabra, que había un vacío entre el pronombre en primera persona y el verbo que había saltado a la otra orilla, fuera de la narración de las aguas, había saltado al otro lado en una tercera persona. ¿Quién era? Ser es una errancia del sentido y de los sentidos, y vivir, escribir, es explorar el nombre. ¿Entiendes lo que trato de decirte, Guillermo? Me convertí en un explorador de un bosque vacío cuyo centro era cualquier parte. Pero yo no sabía que el bosque estaba vacío y que gracias a ese vacío el bosque respiraba y yo podía volver a hablar, a tomar la palabra, no ya la misma: la palabra que había nacido de mi muerte. Por amor a la vida, darle vueltas a las palabras; por amor a las palabras, darle vueltas a la vida. Vueltas palabras, el revés del envés, el lado sin lado de un sonido. No había palabras; en el bosque de mis venas latía una palabra; en el bosque de la sangre, una palabra otra, en el fondo sin fondo del presente. Entonces tú estabas al final de la casa de ecos del lenguaje, más allá del lenguaje, más acá de las palabras: el instante de la resurrección. Era tocar el pan, sentir el agua correr por mi cuerpo en un día cálido y verde del verano.

VIII

Estaba tan poco acostumbrado a salir de mi pueblo que cuando un par de días antes de mi partida fui a despedirme de Guillermo, sentí que mi viaje y traslado a Madrid suponía un verdadero abandono de todo cuanto hasta entonces me había rodeado. «Guillermo, le dije mientras paseábamos al atardecer cerca del mar, te echaré mucho de menos, y no sé cómo me las voy a arreglar sin hablar contigo.» Guillermo sacó el labio inferior un poco hacia adelante, como si buscara una solución, y a punto de decir algo, se calló. El mar estaba tan calmado que sólo se veía una pequeña ola llegar hasta la orilla y doblarse sobre sí misma. Sin dejar de caminar, Guillermo interrumpió su silencio. Normalmente, Guille, si estaba caminando y que-